

Crisis social y cambio psíquico¹

Dr. Juan Vives Rocabert²
Asociación Psicoanalítica Mexicana, A.C.

Hace exactamente 100 años, el 28 de junio de 1914, fue asesinado en Sarajevo el heredero a la corona del imperio Austro-Húngaro, el archiduque Francisco Fernando, junto con su esposa, evento que desató la que en aquel tiempo fue calificada como la Gran Guerra. La contienda, que según un Freud muy ingenuo iba a durar dos o tres semanas, se transformó en un festín de la muerte de cuatro agónicos años de duración y un saldo de más de nueve millones de muertos, después de los cuales los países beligerantes, y luego de firmar la paz de Versalles, dieron origen a la Sociedad de Naciones, intento -también ingenuo- de promover la concordia entre los pueblos. Si hay algún tipo de definición de crisis social, aquella Gran Guerra representó su concreción más acabada y dramática. Esto no quiere decir que en la década anterior a esta Gran Guerra no haya habido crisis en aquella Europa que iniciaba el siglo XX: en cuatro ocasiones hubo problemas de tal envergadura que estuvieron a punto de adelantar lo que ocurrió finalmente en 1914 (Renouvin, 1972). En todas las ocasiones, la dinámica del poder, vasallo social de los instintos destructivos, sea poder territorial, económico, político o religioso fue el promotor de las crisis y el combustible que alimentó la necesidad de una conflagración de tales dimensiones.

Para el psicoanálisis esa guerra representó una grave crisis en la persona de Freud y su familia. El creador del psicoanálisis se quedó sin pacientes, sus tres hijos varones pelearon en dicha contienda en diversos frentes con las consecuentes angustias en la familia; además, el frío, el hambre y la desesperanza se instalaron en la familia Freud que, como muchas otras,

1 Conferencia presentada durante el 10º Congreso Nacional de La Sociedad Analítica de Grupo de Monterrey: "Crisis, Ruptura y Reconstrucción del Entramado Social", el 19 de septiembre de 2014, Monterrey, N.L.

2 Médico Cirujano, UNAM., Médico Psiquiatra, UNAM., Psicoanalista Didacta, APM, Psico-terapeuta de Grupo AMPAG, Doctor en Psicoterapia, APM. Editor Permanente de Cuadernos de Psicoanálisis.

no tenían acceso a los recursos indispensables para los alimentos y la calefacción. Sólo gracias a la ayuda que les enviaba el cuñado de Freud -casado con su hermana Anna y residente en Nueva York- la familia podía sobrevivir precariamente.

Una vez instalado en el Principio de la Realidad, Freud se dio cuenta de lo que en el mundo ocurría y de la trascendencia y peligrosidad de dicha crisis social, al grado que llegó a convencerse de que él mismo no sobreviviría a la catástrofe europea. Estas circunstancias motivaron, indirectamente, que esta crisis vital -su angustia ante la muerte- diera pie a un gran impulso de actividad creadora, además de que disponía de todo el tiempo libre. De esta forma, temiendo morir y ante la posibilidad de que su obra quedara un tanto deshilvanada, se dio a la tarea de escribir doce artículos sobre metapsicología -es decir, sobre los aspectos medulares de la teoría psicoanalítica- (de los que sólo vieron la luz cinco de ellos, siendo desechados los siete restantes por no estar satisfecho de los mismos), así como una serie de trabajos sobre técnica, el aspecto más descuidado hasta ese momento dentro de los escritos de Freud. Al mismo tiempo, la falta de pacientes y de ingresos promovió que aceptara dar una serie de conferencias en la Universidad, gracias a las cuales hoy disponemos de esa gran primera síntesis de nuestra disciplina que conocemos como las *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1915-17).

Pero pensamos que lo más importante es que esta revisión y consolidación de la doctrina psicoanalítica hasta esos momentos, hizo que Freud pudiera tener una nueva perspectiva y, por tanto, mayor claridad sobre los puntos débiles de la misma, sus fallas y regiones aun oscuras o confusas. Esta revisión, entonces, hizo entrar en crisis su concepción del psicoanálisis, lo que motivó una visión crítica y la posibilidad de avanzar unos cuantos pasos más en su teorizar.

De esta suerte, en virtud de estos sucesos sociales en el afuera así como de la crítica de su propio pensamiento -unido a otros determinantes de índole más personal- Freud pudo tomar conciencia de una serie de hechos derivados de lo acaecido durante dicha crisis social: en primer término, advirtió la importancia de los impulsos agresivos dentro del sujeto y en la dinámica entre las personas y los pueblos; en segundo lugar, advirtió la trascendencia de aquellos sucesos que operaban como traumas masivos y pudo agregar a la lista de las neurosis actuales -antes sólo constituidas por la neurosis de angustia y la neurastenia- el nuevo capítulo de las neurosis traumáticas. Esto implicó tomar contacto con los fenómenos de repetición, tanto con aquellas reiteradas repeticiones de estos pacientes al

servicio de la elaboración del trauma (lo que, incidentalmente, modificó y amplió su concepción de los sueños que, más allá de ser realizaciones alucinatorias de deseos sexuales infantiles, podían estar también al servicio de la metabolización de elementos psíquicos que, por su magnitud y la cualidad sorpresiva de los mismos, no habían podido ser tramitados e integrados durante la vigilia), como, en segundo término, de los fenómenos de compulsión repetitiva. La revisión de este concepto unido a hallazgos un tanto siniestros y atisbos acerca de los contenidos de las regiones más oscuras del inconsciente, lo llevaron a postular, en primer término, una tercera y última versión de su teoría instintiva -en *Más allá del principio del placer* de 1920- con la inclusión del controvertido concepto de pulsión de muerte; y, en segundo lugar, una modificación de su noción del aparato psíquico, ahora desde una óptica de carácter estructural -que desarrollo en *El Yo y el Ello* de 1923.

Como podemos ver, en el territorio del microcosmos, la crisis de Sigmund Freud y su familia, derivó en un inusitado brote de creatividad febril del descubridor del psicoanálisis con el fin de legarnos una disciplina más clara y acabada conceptualmente, así como unas bases con mejor sustentación para su praxis como recurso terapéutico, e importantes cuestionamientos que originaron nuevos paradigmas psicoanalíticos. En este caso, se trató de una crisis, aguda y plagada de angustia y fantasías catastróficas, pero que derivó, primero en una consolidación de la teoría y técnica psicoanalíticas existentes hasta ese momento, y segundo, en el cuestionamiento de lo anterior y la expansión y crecimiento de la disciplina psicoanalítica hacia nuevos paradigmas.

Obviamente, las crisis también pueden ser de tipo negativo y derivar en catástrofes. Es entonces cuando la crisis provoca que se derrumbe el individuo, que se fragmenta psicotizándose o se suicida; es cuando imposibilita y malogra la integración de la pareja, que acaba disolviéndose; las crisis irremontables propician el hundimiento de la estructura familiar, fragmentándola y volviéndose disfuncional; de igual manera, cuando una crisis que resulta insalvable incide en los grupos terapéuticos estos acaban desintegrándose y dispersándose; así como las crisis que no pueden ser enfrentadas y elaboradas por las instituciones sociales derivan en fragmentación, escisión o en la pulverización de las mismas.

Todo lo anterior no tiene otro objetivo que enfatizar la íntimas relaciones existentes entre las crisis -personales, de la pareja o la familia, grupales y sociales- y los parámetros que determinan que desemboquen en nuevos y

más adecuados niveles de funcionamiento, en cuyo caso hablamos de crisis de crecimiento; o, por el contrario, que las crisis conduzcan a callejones sin salida o *impasses* de tal naturaleza que hagan fracasar todo el sistema, sea individual, de pareja o familia, grupal o social. La desintegración de las sociedades teocráticas, de las sociedades feudales o de las sociedades comunistas es un claro ejemplo de catástrofes sociales derivadas de crisis gracias a las cuales esas sociedades tuvieron y fueron capaces de pasar a un nuevo paradigma de funcionamiento.

Las sociedades actuales basadas en el llamado capitalismo salvaje han entrado en una época de aguda crisis y, algunas de ellas, están ya en un claro proceso de descomposición. Un ejemplo particularmente transparente lo constituye la crisis de muchas naciones árabes que, a partir de 2008, entraron en crisis que terminaron con el derrocamiento de dictadores que se habían eternizado en el poder, como es el caso de Egipto, Túnez, Argelia, Libia, Yemen y Siria, donde el pueblo aún se debate en contra de Bashar al Asad, con 40 años en el poder y que no ha sabido hacer mejor cosa que un genocidio sistemático con su pueblo.

Recordemos que las primeras señales sociales de protesta y revuelta luego de la última grave crisis financiera de aquel año comenzaron en Islandia, cuando se llevó a cabo la llamada ‘revolución silenciosa’ que exhortó al pueblo a reaccionar ante los abusos de banqueros y políticos que llevaron a la bancarrota a su país, protesta que culminó con la dimisión del gobierno encabezada por el primer ministro. Después se dio el movimiento de *los indignados* de España (con la caída del Jefe de Gobierno Rodríguez Zapatero); luego la revuelta airada en Grecia (donde cayó Georgios Papandreou); también los jóvenes que protestaron vandálicamente en los barrios menos favorecidos de Londres, así como los acaecidos en Totthenham (que provocaron la renuncia del primer ministro); la efervescencia en Francia, Bélgica, Italia (con la renuncia de Silvio Berlusconi) y Alemania. Signo de la misma crisis fue el sintomático brote de fundamentalismo neofascista en manos de un multihomicida de la muy civilizada Noruega; igual que las manifestaciones estudiantiles en Chile, el malestar creciente en el Japón, y la toma de Wall Street en Nueva York, movimiento que rápidamente se extendió a muchas otras ciudades de los Estados Unidos. Finalmente, en México, la guerra de los narcos entre sí y la errática política gubernamental en torno de la violencia con sus miles y miles de muertos a cuestas, todo ello nos habla a las claras de una crisis que

está ocurriendo en el mundo contemporáneo, en un mundo en un momento de clara transición (Vives, 2011).

Lo notorio es que se trata de una crisis que afecta a todo el planeta. No podía ser de otra manera en una época de globalización. No sabemos aún si este brote crítico se repita y pueda desembocar en una suerte de revuelta mundial, en una revolución encabezada por los jóvenes desempleados y las clases desprotegidas, o si, por el contrario, tendrá una vida efímera y de una trascendencia relativamente menor, como lamentablemente ocurrió con el movimiento estudiantil mundial que se dio durante 1968.

Pero lo importante es advertir la significación social de este tipo de movimientos populares, ahora vehiculizados por nuevos medios de comunicación que se han estrenado entre la población civil. ¿Cuáles son las demandas expresadas en dicho movimiento, aún tan actual pese a que sus manifestaciones agudas han dejado de sentirse? Obviamente son múltiples y no es posible reducirlas a capítulos generales, ya que en cada país o región la gente protesta por motivos aparentemente *locales* y tiene diversas plataformas y énfasis. Sin embargo, me atrevería a vislumbrar ciertos temas comunes en la gran mayoría de los casos de protesta y revuelta: 1) El problema del desempleo, principalmente entre los que tienen menos de treinta años. 2) La convicción de que los estudios universitarios son caros, están destinados a elites económicas de la población y, al final del cuento, no sirven para adquirir empleo. Por el contrario, son legión los arquitectos trabajando de meseros, los doctores de taxistas y los ingenieros de elevadoristas. 3) Hay una sensación de hartazgo de la población en relación a sus partidos políticos en general y de los políticos en particular. 4) Es clara la convicción de que la gente no se siente representada por los políticos -diputados, senadores, parlamentos, gobernadores, alcaldes, etc.- y las protestas son porque ya no toleran ser utilizados por el poder con fines electorales y demagógicos que, a fin de cuentas, solo están al servicio de las elites del poder. 5) Hay un desencanto y desilusión por todo el sistema financiero mundial, por lo que las personas están en contra de los banqueros y sus instituciones, ya sea a nivel local o en relación a las macro instituciones del tipo del Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, creadores en la gran mayoría de las ocasiones de desempleo, pobreza y desesperanza, así como responsables de la perpetuación de las graves diferencias entre los miserables que padecen hambre y los ahítos hasta el hartazgo. 6) Concomitantemente, están expresando una repulsa generalizada hacia la globalización, y 7) un rechazo frontal en contra del

llamado capitalismo salvaje, promotor de la creciente y cada vez más aguda desigualdad entre la gente. Aunque esta lista no pretende agotar, ni mucho menos, la temática socio-política a la que estamos haciendo referencia, mencionaremos al final -pero no por ello menos importante- 8) el problema universal de la corrupción y la impunidad de que gozan, en muchos de los países mencionados -por no decir que es un tema que se ha generalizado en todas las naciones del globo-, las personas que están en situación de poder -económico o político-, en posesión de cargos en sectores públicos o en instituciones financieras privadas. Unido a lo anterior, y complementándolo dialécticamente, es significativa la emergencia simultánea de movimientos de corte neofascista, de un renovado neonazismo y neofalangismo, así como las nuevas modalidades de racismo y discriminación.

Es claro que una de las lecturas de lo que ha ocurrido en el pasado reciente es que nuestro tiempo está manifestando los signos de una época de transición y de búsqueda hacia nuevas formas de entender y vivir la existencia y la convivencia entre personas y entre grupos humanos.

Los psicoanalistas entendemos que este tipo de crisis son la motivación principal para que un sujeto, pareja, familia, grupo o institución acuda a la demanda de ayuda a los expertos en la materia. De esta forma y desde otra vertiente, la noción de crisis se considera indispensable y básica como motivación para el ejercicio de cualquier tipo de psicoterapia, sea esta individual, de pareja o familia, de grupo o de instituciones sociales. Los factores curativos de estos recursos terapéuticos están sujetos y son indisociables del concepto de crisis. Pero, ¿qué ocurre con las crisis sociales y cuál es la terapia que puede aplicarse en estos casos?

La experiencia de Freud fue la de advertir que la violenta crisis social que derivó en la Primera Guerra Mundial desenmascaró y liberó muchas de las fuerzas destructivas que nos habitan como individuos y como especie. De una manera un tanto paradójica -o, quizás no-, la creatividad social que se dio en dichos años estuvo también al servicio de la destrucción: se perfeccionaron y emplearon por primera vez en forma masiva los gases tóxicos, también por primera vez la incipiente aviación se destinó a la guerra, se inventaron además el tanque de guerra y el submarino, armas cuya única utilidad y objetivo era la de dar muerte al enemigo, la de matar seres humanos.

Al finalizar dicha contienda, y luego de que se hubiera modificado radicalmente la geografía europea dado el desmembramiento de Imperio Austro-Húngaro y que la vieja Prusia diera paso a la unificación de

Alemania, también es verdad que luego de concluidas las hostilidades se dieron los pasos conducentes al intento de la realización de un nuevo orden mundial con la creación de una Sociedad de las Naciones que -se esperaba- garantizaría un mejor entendimiento de los países miembros. Con el mismo espíritu, la conflagración europea experimentada renovó -una vez más- la necesidad de sustituir la guerra por la política y la diplomacia. El que la Sociedad de Naciones haya sido un intento ingenuo y destinado desde su creación al fracaso, no por ello dejó de representar un enorme paso en la dinámica de las naciones a nivel mundial.

El problema es que, a partir de entonces, los avances en ciencia y tecnología fueron mucho mayores y más rápidos que los desarrollos de tipo humanista, tanto en sociología como en el entendimiento de la dinámica de las relaciones sociales: estas materias se mantuvieron a la saga de los enormes progresos que se dieron dentro de las ciencias aplicadas a la guerra, es decir, a la destructividad. Desde nuestra perspectiva, entendemos que la regresión de las masas en situaciones de grave crisis social, como las que desembocan en una guerra, ponen al descubierto la presencia y eficacia del instinto de muerte. Liberadas de las fuerzas de Eros que suelen mantenerlas domeñadas, las fuerzas de la destructividad campean libres y son el verdadero señor de los campos de batalla.

Ha sido muy lento el progresivo desarrollo en la comprensión del tipo de agresión y destructividad que pudo constatarse durante las dos guerras mundiales -que se ha hecho extensivo al problema general de la guerra en cualquier sitio y bajo cualquier circunstancia. Afortunadamente, aunque más lentamente pero desde una necesidad imperiosa de entender un problema que puede terminar con el género humano, los estudios sobre la destructividad son hoy muy numerosos y abarcan enfoques diversos desde las determinantes políticas, económicas, sociales, demográficas, psicológicas, educativas, éticas, filosóficas, religiosas y psicoanalíticas. Es claro que desde este último punto de mira, la postulación del instinto de muerte implicó un avance conceptual de gran importancia (Vives, 2013). Freud resumió sus puntos de vista en aquella famosa misiva en la que trató de contestar a Albert Einstein sobre las razones de la guerra (Freud, 1933). Su perspectiva es clara: la agresión, un derivado de la pulsión de muerte, es un ingrediente insoslayable de la naturaleza humana. Por lo tanto, no puede ser desterrado o eliminado; difícilmente puede ser modulado -lo que, por cierto, es del resorte y responsabilidad de la función materna primero y luego de los límites impuestos por el padre en la ontogenia del bebé

humano. Este punto será importante de recordar ya que, en última instancia, es la responsabilidad de la institución familiar, cuyos depositarios son los padres y sus funciones parentales, de la que dependerá el manejo de las potencias agresivas y destructivas que nos habitan.

Es evidente que no podemos cometer el error metodológico de pensar que el entendimiento de la psicología del individuo, o de la pareja y familia, que la dinámica de los pequeños grupos terapéuticos, incluso de aquellos intentos de provocar cambios en las instituciones, es el mismo entendimiento que requiere el estudio de los fenómenos sociales. Es claro que hay otros elementos en juego, supraindividuales, que se complementan con los enfoques anteriores.

Una de las ilusiones de todos los tiempos, cuando de sistemas sociales se trata, es que la historia, es decir, la memoria colectiva de lo ocurrido en catástrofes anteriores devenga y se transforme en experiencia y, por tanto, sea un factor determinante en la posibilidad de no incurrir en los mismos errores y en la disponibilidad y aptitud para modificar las estructuras sociales y así, no volver a caer en los mismos problemas socio-económico-políticos.

Pensamos que, lamentablemente, la historia misma nos recuerda que el ser humano social es un organismo de memoria precaria y que los desastres ocurridos en tiempos pasados no sirven para prevenir nuevos infortunios. En nuestros tiempos históricos hemos comprobado dolorosamente lo anteriormente asentado ya que, luego de que aprendimos horrorizados -gracias a la experiencias habidas en la Gran Guerra- que el hombre puede matar a millones de sus congéneres y que es capaz de asfixiar a sus semejantes en las trincheras con gases mortales, como si de ratas se tratara, este aprendizaje no sirvió de ningún tipo de freno y, por el contrario, los seres humanos fueron capaces de enfrascarse en una nueva contienda más mortífera que la anterior: la Segunda Guerra Mundial. Es claro que la pulsión de muerte no se beneficia ni toma en cuenta la memoria o la historia. Debemos entender que los instintos, al menos el instinto de muerte no son susceptibles de domesticación, ni por la experiencia ni por la ética.

Y hoy sabemos -de nueva cuenta y con desesperación creciente- que gracias a la liberación de estas fuerzas destructivas somos capaces de asesinar a 60 millones de personas en una contienda bestial de la que aún quedaban como recuerdo los humos aún no extinguidos de los campos de exterminio de Treblinka y Auschwitz, así como algunas fumarolas que habían quedado flotando en los cielos de Hiroshima y Nagasaki. Pero estos conocimientos que han costado tantos millones de vidas humanas y la

infelicidad de cientos de millones más, no han servido para evitar que, más adelante, se dieran las guerras de Corea, de Vietnam, de Afganistán e Irak -para mencionar sólo las más señaladas-, pero este tipo de confrontaciones bélicas son tan cotidianas y al parecer inevitables que hasta ha habido una “Guerra del fútbol” entre dos repúblicas hermanas de Centroamérica.

Actualmente, y pese a la aparente terminación de la llamada *guerra fría*, vivimos en tiempos de máxima angustia, pues el peligro de una guerra nuclear pende, cual espada de Damocles, sobre nuestras cabezas (incluyendo la posibilidad real de una guerra desatada en virtud de errores humanos). Lo anterior quiere decir que actualmente la humanidad sabe con certeza que existe la posibilidad de exterminio de nuestra apreciada y orgullosas especie, debido a que el armamento atómico existente nos garantiza el equivalente de varias toneladas de dinamita para todos y cada uno de los habitantes de la Tierra. Lo cual no ha sido impedimento para que en nuestros días se den peligrosas confrontaciones entre Rusia y Ucrania, entre Israel y Palestina, y en el seno de Siria e Irak, que ponen a la humanidad en un franco peligro de una escalada en la que pudiera desatarse una nueva contienda multinacional. Así como, hasta el momento, se ha acordado que las demás naciones no intervengan en dichos conflictos, el día de mañana podrían hacerse alianzas en virtud de las cuales se desatara una nueva conflagración cuyos resultados nadie puede calcular, pero en la cual podríamos adelantar desde ahora que no va a haber vencedores: todo el género humano será el gran perdedor.

Ante este tipo de situaciones de tensión y crisis permanente, los seres humanos hemos tenido que recurrir a mecanismos mentales cada vez más primitivos y más parecidos a los que operan en las psicosis. Al parecer, hasta este momento los individuos de las sociedades contemporáneas aún estamos siendo capaces de tolerar la necesidad de escindirnos en nuestro psiquismo y, de esta forma, mientras con una de nuestras partes tenemos la experiencia de vivir en un mundo particularmente inseguro e inestable, con la otra debemos de actuar como si no tuviésemos advertencia de lo anterior. No pensamos, sin embargo, que tal tipo de disociación pueda cronificarse impunemente en las diversas sociedades sin reclamar algunas consecuencias más o menos negativas, a corto y largo plazo, para el psiquismo de sus componentes.

Kenneth Clark, un estudioso de los problemas en torno del poder, nos recuerda que la memoria puede ser no sólo traicionera, sino que con frecuencia se distorsiona al servicio de la ideología: “...los seres humanos propenden a recordar los acontecimientos en forma congruente con sus

actitudes y en el contexto de su personalidad” (Clark, 1974, p. 156). Esto es bien sabido por el psicoanálisis y el propio Freud se encargó de recordarnos una observación de su admirado Charles Darwin, cuando en su autobiografía dejaba constancia de que tenía la costumbre de anotar de inmediato toda idea que fuera en contra de sus teoría, pues sabía de la propensión que tenemos los seres humanos a olvidar dichos aspectos cuando nos resultan un tanto desagradables o son vividos como atentados en contra de nuestro precario narcisismo. Es por ello que no podemos recurrir a la memoria ni a la historia como fuente de experiencia y regulador para prevenir nuevos desastres. Es casi increíble que en nuestros días y a pesar del peso de la evidencia testimonial aún surjan personas o grupos sociales que niegan el holocausto y pretenden que se trata de patrañas inventadas por los judíos. Como mencionábamos, tanto la negación como la escisión son mecanismos muy primitivos de nuestro psiquismo y su empleo creciente implica que la mente del hombre contemporáneo está echando mano de recursos que imponen un costo mayor que la simple represión u otros mecanismos más o menos sofisticados.

Hablar de crisis sociales es hacer referencia a problemas en torno del poder, en cualquiera de sus múltiples formas. Y cuando enfocamos los problemas derivados del poder, debemos tener en cuenta el concepto de ideología que, como bien sabía Althusser (1970), es la que garantiza la perpetuación de dicho poder a través de los aparatos ideológicos del estado, principalmente, la escuela y la familia -nuevamente nos encontramos con la importancia central de esa célula social llamada familia. Pero también las religiones, esa otra forma de pensamiento no modificable por la lógica y la razón, son estructuras de poder. Como dice Enrique Krauze a propósito del actual conflicto entre Palestina e Israel, “cada vez que el mesianismo se introduce en la política surgen los peligros y el único desenlace posible es el desastre” (Krauze, 2014, p. 20). Esto quiere decir que cuando el pensamiento religioso entra en juego -sea el extremismo mesiánico derechista de Israel o el fanatismo islámico de Palestina- quedan anuladas las posibilidades de un entendimiento, dado que las religiones (basadas en el dogma y lejos de la lógica y la razón) impiden el ejercicio del pensamiento y, por tanto, hacen difíciles las posibilidades de una negociación. En estas condiciones, los arreglos son imposibles.

No es casual que Freud haya tomado los ejemplos de la religión y el ejército para demostrar las tesis sostenidas en *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921), agrupaciones que, por definición, son la antípoda del

pensamiento racional. Las religiones por su base en la fe y en el dogma, y las instituciones castrenses basadas en el principio de autoridad y la disciplina son instituciones que anulan el pensamiento. Como afirma cualquier soldado que se precie, las órdenes de un superior son para ejecutarse, no para pensarse.

Ahora bien, los problemas del poder social, de cualquier clase que se trate son un tema que solo es abordable desde una perspectiva dialéctica dado que no existe sociedad beligerante sin un líder, a la vez que un caudillo no tiene poder alguno sin seguidores que se le subordinen. Como bien señaló Schiffer (1973) los líderes poseen una serie de características que pueden subsumirse bajo el concepto de carisma que explica, hasta cierto punto, la dinámica narcisista que se opera entre el líder -ideal del Yo- y sus seguidores, fenómeno que, desde el psicoanálisis, entendemos como un mecanismo en el que los seguidores depositan las aspiraciones y apetencias de su narcisismo secundario en dicha figura, a la que luego se someten irrestrictamente. Desde la perspectiva social, estudiosos como Young (1956) han abordado el espinoso tema de la relación dinámica entre el dirigente y sus seguidores desde sus orígenes en la familia patriarcal rural clásica (grupos primarios) y aún dentro de ciertas jerarquizaciones que se dan en grupos animales, hasta las complejas sociedades de nuestros días (grupos secundarios). Para este autor, el dominio que posee el líder del grupo social tiene mucho que ver con aquel viejo elemento, nunca bien comprendido y aún misterioso hasta nuestros días, llamado sugestión. Freud tocó estas determinantes en su clásico trabajo de 1921 al establecer los nexos entre el líder y sus seguidores como muy parecidos al enigmático fenómeno del enamoramiento.

Desde la perspectiva que ofrece la disciplina psicoanalítica podríamos preguntarnos si sigue siendo inevitable aquel conflicto postulado desde *Tótem y tabú* en 1912-3 y reiterado a lo largo de la obra freudiana hasta su última incursión en el tema en los textos denominados *Moisés y la religión monoteísta* de 1938. En estos ensayos el acento recae reiteradamente sobre el problema del poder (Rosinski, 1965) y sobre los conflictos sociales que el abuso de dicho poder provoca. Se trata de un poder que se manifiesta sobre los miembros de endo-grupo -como en el caso de la horda primitiva- o sobre la sociedad entera, como ocurre con los judíos liberados de la esclavitud de los egipcios; también explica la gran mayoría de las tensiones existentes entre las naciones y grupos de naciones, dado que se trata de una dinámica en la que la tentación del abuso, de la perpetuación en el poder, o la corrupción

del mismo, son insoslayables. Tenemos claro que la dimensión económico-política -que es el sustrato íntimo del poder- no puede ser ni entendido ni abordado desde los instrumentos del psicoanálisis.

Pensamos sin embargo que, desde las lentes que ofrece nuestra disciplina, la crisis del mundo contemporáneo puede ser vista como una quiebra aguda de los valores, principalmente de los viejos ideales -es decir, como una ruptura de la estructura psíquica del Ideal del Yo. La época presente ha sido calificada por algunos como un momento histórico en el que estamos en presencia de una crisis de líderes. Para estos pensadores ya no hay personas como Churchill, Gandhi, De Gaulle o Luther King -como Lázaro Cárdenas, en nuestro medio- líderes con calidad ética, que al mismo tiempo representaran o personificaran muchos de los anhelos y aspiraciones de sus contemporáneos. Los líderes actuales han caído en el descrédito y no ejemplifican ni representan los intereses de sus pueblos; es decir, simbólicamente, los padres no sólo ya no cuidan de sus hijos sino que los han abandonado a su suerte, como si de material de desecho se tratara, luego de expoliarlos y servirse de su trabajo y esfuerzo.

No hay que indagar mucho para advertir que aquellos parámetros del Ideal del Yo depositados en el líder -como Freud (1921) preconizó en su momento- han dejado de estar vigentes -o han sido banalizados y depositados en deportistas de diversos rubros, grupos de rock o cantantes de moda. En virtud de lo anterior, también podríamos preguntarnos, ¿qué tipo de objeto está siendo investido y representado como dicha instancia psíquica? No podemos olvidar que el Ideal del Yo es aquella parte del Superyó que introyecta e incorpora los restos del narcisismo secundario derivado del amor hacia el padre. En estricto sentido, el Ideal del Yo es el heredero del Edipo negativo: es el remanente del amor hacia el padre (en el varón, claro), es su idealización y el deseo de ser como él. Este movimiento dinámico es el que hace posible la entrada en el complejo de Edipo clásico. Por tanto, la crisis de los valores e ideales, la crisis de la relación de los ciudadanos con sus gobiernos y el descrédito en la que los líderes actuales han caído, también debe ser entendida como una profunda sacudida de los cimientos formativos -estructurales- del narcisismo secundario. El resultado ha sido como un sentimiento de indefensión, de haber sido olvidados por los dioses del Olimpo del poder -es decir, por los padres y quienes han pasado a simbolizarlos. Si los líderes no cuidan de sus pueblos, entonces ¿qué salida le queda a la masa, a la ciudadanía? Lo anterior, también implica

una alteración de la dinámica Yo - Ideal del Yo y sus consecuencias en la regulación de la autoestima, así como de la representación del *self*.

Algo común entre los insurrectos en muchos de los lugares del mundo mencionados algunos párrafos atrás, tiene que ver con el hecho de que los líderes, sea porque se han perpetuado tiránicamente en el poder, porque son corruptos y venales, porque sólo miran en su beneficio personal, etc., estos líderes ya no encarnan ni los deseos ni la voluntad de sus gobernados. En México, el movimiento encabezado por Javier Sicilia dice textualmente: “busquemos juntos una refundación del país...” (Sicilia, 2011, p. 45). No es poca ilusión pretender fundar, de nueva cuenta, un país desde bases completamente distintas a las hasta ahora imperantes. He elegido esta frase dado que podría representar los anhelos de muchas de las manifestaciones de protesta en muchos otros sitios del mundo, donde el clamor popular vendría a ser una necesidad de inventar una nueva forma de estructura social, una nueva modalidad del ejercicio del poder, una manera de abolir con eficacia la violencia que el Estado ejerce en contra de sus propios ciudadanos. En otras palabras, una refundación de la estructura social desde bases distintas de aquellas descritas por Darwin en *El origen del hombre* (1871) y seguidas por Freud en *Tótem y tabú* (1912-13).

La caída de las personas que personifican a los Ideales del Yo de los grupos humanos implica también una ruptura con la figura de los padres, y ha desembocado en una confrontación directa con ellos y con quienes representan simbólicamente su presencia. Casi no es necesario decirlo, muchas veces este tipo de derrumbe de las figuras parentales se materializa en lo que se ha dado en llamar -desde Nietzsche- la muerte de Dios. Hay, en palabras de George Steiner (1974), una suerte de vacío dejado por su ausencia y una Nostalgia del absoluto.

En México, una de las formas que han tomado las crisis contemporáneas tiene que ver con la presencia, cada vez más extendida y ominosa del llamado crimen organizado. Se trata de un estado dentro del estado que ha llegado a imponer sus propias reglas y que provoca una ingobernabilidad de los territorios en los que su hegemonía es más notoria. Uno de los aspectos más evidentes dentro de las actividades de estos grupos delincuenciales, es una profunda regresión en su dinámica grupal, que ha desembocado en un funcionamiento desde parámetros, literalmente, pre-sociales. La regresión de este tipo de grupos les da una estructura fuertemente piramidal, patriarcal en el sentido fuerte o feudal del término, e incluye conductas en las que se

reproducen aquellos parámetros descritos por Charles Darwin en relación a la horda primitiva y retomados por Freud en *Tótem y tabú*. La ley del más fuerte, la posesión de todas las mujeres que le apetezcan al líder, y la condena a muerte de todo aquel que pretenda usurpar el poder, son los parámetros con los que dichos grupos funcionan. El primitivismo en el manejo de los impulsos agresivos nos habla no sólo de la desmezcla de pulsiones dejando a los impulsos destructivos en ventaja y libertad, sino también de una regresión de las estructuras más evolucionadas donde la acción sustituye al pensamiento y en las que el Yo sufre una regresión a estadios de omnipotencia y funcionamientos cercanos a la dinámica del proceso primario. De la misma forma, una seria escisión de la estructura superyóica promueve que la conducta sea de tipo amoral, ya que los parámetros éticos con los que la sociedad suele regirse han dejado de funcionar y el principio del placer campea en un hedonismo dionisiaco, mientras los instintos de muerte dejan sentir sus oscuros dictámenes.

Las luchas fratricidas por la conquista de territorios cada vez más amplios para la distribución de drogas, la venta de tiempo de vida en los llamados “derechos de piso”, las prácticas de la extorsión y del secuestro, así como la exclusividad en el lucrativo negocio de la trata de personas son otras de las actividades en las que puede verse con claridad que, desde la óptica de los cárteles, los sujetos han dejado de ser individuos para transformarse en cosas a las que se puede manipular, explotar, torturar, violar, o matar. Obviamente, este Estado dentro del Estado en el que la familia consanguínea ha sido sustituida por la jerarquía impuesta por el cártel, no contempla derechos de los demás: sólo una servidumbre al servicio de sus intereses. La vieja consideración por el objeto se ha transformado en una cosificación y la desaparición de la dignidad humana.

Paralelamente, así como la miseria y la desigualdad económica entre diversos estratos sociales se ha instaurado como una estructura social permanente, de la misma forma la sempiterna tentación de la corrupción ha sentado sus reales en virtud de un clima de impunidad propiciado por el crimen organizado y garantizado por las autoridades de todos los niveles, dado que gran parte de las corruptelas parten de los funcionarios mismos. No hay policía, ejército o marina que puedan luchar en contra del crimen cuando la corrupción y la impunidad se han transformado en parte de sus estructuras, en el núcleo mismo de su dinámica interna de funcionamiento. Los escándalos que eventualmente aparecen en los medios son una suerte de punta del iceberg, que nos hablan de una crisis social -la

crisis de la honestidad- que se ha hecho sintónica, estructural, que se ha institucionalizado.

Ahora bien, habría que preguntarnos, ¿cómo operan estas crisis sociales del afuera sobre el psiquismo tanto de pacientes como de terapeutas?; ¿cuál es la representación mental que se va decantando en la mente de la población sometida a esta dinámica? Tenemos la impresión de que, por una parte, en la gran mayoría de la población se incrementa la desilusión y la desesperanza, padres de la apatía social; el *valemadrismo* impera en México y otros países hundidos en la miseria. Por la otra parte, es de temer que las circunstancias de corrupción de los líderes y de las instituciones que nos rigen operen como un modelo de ideal a seguir, y por tanto, gracias a estos nuevos valores que parecería honrar a los corruptos y venales. Junto a la idealización de líderes corruptos y de la mano con los conocidos mecanismos de identificación con el agresor, un buen número de los ciudadanos pueden estar en el proceso de incorporar sociopáticamente a dichos líderes, con lo que el deseo de los puestos y prerrogativas del poder vienen a ser una forma, a veces la única, de acceder a niveles más desahogados de vida, formas de superar la miseria inveterada y -al menos aparentemente- irreversible. Un ejemplo lamentable de desesperación ante la miseria del campo, lo representan la legión de jóvenes que se han sumado a los cárteles de la droga como una forma de vivir en la alucinante abundancia de la riqueza rápida y efímera, no importando que este bienestar sea por unos pocos años. Es tanta y tan dolorosa la miseria que parecerían estar dispuestos a pagar al alto precio de la propia vida por unos momentos de hedonismo.

Afortunadamente, hay ciertos estatutos de la sociedad civil que se preocupan genuinamente para pensar sobre nuevas formas, modelos distintos y posibilidades aún inéditas con el fin de remontar, algún día, esa vorágine que todo lo devora en la crisis actual del mundo que estamos viviendo. Después de todo, dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

Resumen

Se aborda el problema de las crisis sociales y sus repercusiones psicológicas en los individuos. Se toma el ejemplo del propio Sigmund Freud para ejemplificar un tipo de crisis social que desembocó en una actividad creativa y de profunda revisión de la teoría psicoanalítica que dio lugar a la tercera teoría instintiva y la segunda tópica (crisis de crecimiento). Las crisis también pueden tener efectos negativos provocando el derrumbe de

individuos, parejas, familias, grupos, instituciones o del propio entramado social. Se repasan los factores que han incidido en las crisis sociales recientes y sus repercusiones en el psiquismo de los individuos.

Palabras clave: crisis social, crisis de crecimiento, cambios individuales ante las crisis.

Summary

The paper deals with problem of the social crisis and its psychological impact on individuals. The example of Sigmund Freud himself is taken to exemplify one kind of social crisis that led to a creative activity and an important review of psychoanalytic theory that gave rise to the third theory of instinctive drives and the structural theory of mind (crisis of growth). The crisis may also have negative effects causing the collapse of individuals, couples, families, groups, institutions or the own social network. The factors that have influenced the recent social crisis and its impact on the psyche of individuals are reviewed.

Key words: social crisis, growing crisis, individual mutations derived from crisis.

Bibliografía

- ALTHUSSER, L. (1970). Ideología y aparatos ideológicos del estado (Notas para una investigación), en: *La filosofía como arma de la revolución*, trad. de Oscar del Barco, Enrique Román y Oscar I. Molina, Cuadernos de Pasado y Presente, 9ª ed., México, 1979, pp. 97-141
- BETTELHEIM, B. Y JANOWITZ, M. (1950). *Cambio social y prejuicio*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1975
- CLARK, K.B. (1974). *El patetismo del poder*, trad. de José Ramón Pérez Lías, Fondo de Cultura Económico, México, 1976
- EBENSTEIN, W. (1962). *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, trad. de Natalio Mazar, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1965
- FREUD, S. (1912-13). Tótem y tabú, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, 1973, Vol. II: 1745-1850
- FREUD, S. (1915-1916; 1916-1917). Lecciones introductorias al psicoanálisis, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2123-2412

- FREUD, S. (1920). Más allá del principio del placer, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2507-2541
- FREUD, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del Yo, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2563-2610
- FREUD, S. (1923). El Yo y el Ello, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2701-2728
- FREUD, S. (1933). El porqué de la guerra, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 3207-3215
- FREUD, S. (1934-1938). Moisés y la religión monoteísta: tres ensayos, en: *Obras completas*, trad. de Ramón Rey A., Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, 1973, Vol. III, pp. 3241-3324
- KRAUZE, E. (2014). Toma de conciencia, *Letras Libres* (México), XVI (189). 18-22
- MERLE, R. Y SAUSSURE, R. DE (1973). *Psicoanálisis de Hitler*, trad. de Osiris Troiani, Ed. La Pléyade, Buenos Aires
- RENOUVIN, P. (1972). *La Primera Guerra Mundial*, trad. de Jordi García Jacasm Ed. Oikos-tau, 2ª ed., Barcelona, 1985
- ROSINSKI, H. (1965). *El poder y el destino humano*, trad. de Rubén Masera, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1967
- SANTA MARÍA, O. (1999). Secuestro: violencia callada, en Vives, J. (comp.): *Violencia social, sexualidad y creatividad*, Plaza y Valdés, México, 1999, pp. 47-55
- SCHIFFER, I. (1973). *Charisma. A psychoanalytic look at mass society*, The Free Press, New York
- VIVES, J. (2011). La crisis de un mundo en transición, *Cuadernos de Psicoanálisis* (México), XLIV (3-4): 34-43
- VIVES, J. (2013). *La muerte y su pulsión*, Ed. Paidós, México
- YOUNG, K. (1956). *Psicología social del grupo, del líder y de los seguidores*, trad. de Irma Calderón, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1969